

SAN PRUDENCIO, PATRONO DE LA DIÓCESIS DE VITORIA Y DE ÁLAVA

Homilía (28 de abril de 2022)

Después de dos años, San Prudencio, patrono de Álava (desde mediados del siglo XVII) y de nuestra Diócesis, nos reúne, de nuevo, en esta celebración. Hoy compartimos todos la alegría de celebrar esta fiesta con la normalidad, casi total, que la pandemia de la COVID-19 no ha hecho posible en los años anteriores. Por tanto, aprovechamos este momento para dar gracias a Dios por el momento que vivimos y por lo mejor que ha surgido de nuestra sociedad en este tiempo de crisis (por tantos gestos de solidaridad y compasión, así como por la capacidad de resistencia del ser humano frente a la enfermedad). Y, una vez más, ponemos en las manos de Dios, rico en misericordia, a todas las víctimas de la pandemia y a las personas que, de un modo u otro, han sufrido y sufren su pérdida.

Las lecturas que hemos escuchado intentan ofrecernos un retrato de San Prudencio desde los ojos de la fe. La primera, está tomada del profeta Ezequiel (Ez 34, 11-16). En el contexto de un juicio contra los pastores de Israel, “que se apacientan a sí mismos” y han dejado abandonado su rebaño, Yahvé, el Señor, se erige en pastor del pueblo de Israel: “yo mismo buscaré mi rebaño y lo cuidaré... Buscaré la oveja perdida, recogeré a la descarriada; vendaré a las heridas; fortaleceré a la enferma”... El profeta traslada esta imagen de Dios Pastor al rey David: “Yo suscitaré un pastor que las apaciente; mi siervo David las apacentará y será su pastor”. De este modo, David se convertirá en modelo del rey pastor de pueblo de Israel. Y el profeta Jeremías expresará la voluntad de Dios de dar pastores al pueblo según su corazón de Padre: “os dará pastores según mi corazón” (Jr 3,15). Pero ningún rey, ni siquiera David, realizará plenamente la imagen del pastor que los profetas del Antiguo Testamento reclaman. Por esto Israel siempre se mantendrá a la espera de un rey Mesías que realice en plenitud las expectativas del pueblo. Los discípulos de Jesús y las primeras comunidades cristianas vieron que, en Él, se cumplían estas promesas. “Yo soy el buen pastor” (Jn 10,11-16), dirá Jesús de sí mismo, añadiendo a continuación: “El buen pastor da la vida por las ovejas”.

Esta idea es la que se explicita en la segunda lectura y en el evangelio de hoy. Se trata de textos que aclaran el modo en el que Jesús ejerce su pastoreo. La entrega de su vida visibiliza el amor infinito de Dios a la humanidad, y, al mismo tiempo, la respuesta que el ser humano puede dar a ese amor. Por esto, tal como nos lo recuerda el apóstol San Pablo (2Cor 5,14-20), este gesto de amor divino y humano tiene como objetivo nuestra reconciliación con Dios y, por derivación, nuestra reconciliación como

hermanos. Y sabemos que la muerte de Jesús no fue un momento puntual y aislado de su vida, sino la expresión última de su identidad como siervo. Él, el maestro, es buen pastor haciéndose siervo, y nos invita a todos a vivir como servidores: “El primero entre vosotros será vuestro servidor” (Mt 23,8-12)...

San Prudencio, hijo de esta tierra, realizó un peregrinaje espiritual que lo condujo, desde Armentia, a Soria, a Calahorra y, finalmente, a Tarazona. Este hombre humilde, una vez elegido obispo de esta Diócesis, reproduce en su persona los rasgos de Jesús, el buen Pastor. San Prudencio es el pastor que se hace siervo, y que, como Pablo, se pone al servicio de la reconciliación. Destacó por su gran caridad y por su carisma para reconciliar a los enemigos y construir la paz. Como sabemos, murió en Burgo de Osma, cumpliendo una misión de pacificación en un pueblo gravemente enfrentado y dividido. Por todo esto se le atribuye el título de “ángel de la paz”. Nuestro santo evangelizó siendo instrumento de reconciliación.

Celebrar esta fiesta de San Prudencio de Armentia en los tiempos que vivimos puede ayudarnos a todos a tomarnos en serio la misión de ser “ángeles de la paz”. Teníamos ganas de esta celebración, pues, no sólo hace aflorar sentimientos adormecidos por nuestro excesivo intelectualismo o por nuestra mentalidad instrumental y técnica, sino que también refuerza nuestra identidad como pueblo; transmite valores como la apertura comunitaria y el sentido de la fiesta; estimula nuestra creatividad y nuestra capacidad simbólica; forja cultura... Pero, asimismo, esta fiesta alimenta una relación personal con el santo, una relación que proviene de nuestra relación con Dios y que conduce hasta Él (tiene su origen y meta en nuestra relación con Dios)... Se trata de una relación que nos cuestiona vitalmente...

El Papa Francisco, en su mensaje del día de Pascua del pasado 17 de abril, se refería a “una Cuaresma que parece no querer terminar. Hemos pasado dos años de pandemia, que han dejado marcas profundas. Parecía que había llegado el momento de salir juntos del túnel, tomados de la mano, reuniendo fuerzas y recursos. Y en cambio, estamos demostrando que no tenemos todavía el espíritu de Jesús, tenemos aún en nosotros el espíritu de Caín, que mira a Abel no como a un hermano, sino como a un rival, y piensa en cómo eliminarlo. Necesitamos al Crucificado Resucitado para creer en la victoria del amor, para esperar en la reconciliación. Hoy más que nunca lo necesitamos a Él, para que poniéndose en medio de nosotros nos vuelva a decir: «¡La paz esté con vosotros!»”.

Esta fiesta de San Prudencio no es, por tanto, una fiesta más. Ha de hacernos tomar conciencia de nuestra responsabilidad como constructores

de caminos de paz que cicatricen heridas, que generen procesos de sanación, de reencuentro y de perdón. Esto es amar a nuestra tierra, amar a nuestra sociedad y comprometernos con ella. La artesanía de la paz involucra a todos los actores, no sólo a las instituciones (sean del tipo que sean) y a sus responsables, sino a todos los ciudadanos y ciudadanas, pues no se pueden obviar los procesos que la gente debe recorrer. En este sentido, todos, cada uno desde su responsabilidad, somos pastores llamados a velar por la paz. Pero no podemos engañarnos. Si, hace unos pocos meses, podíamos pensar que los grandes horrores que jalonan la historia humana eran propios de hace mucho tiempo, hoy nos vemos sorprendidos siendo testigos de muchos tipos de barbaries con variados protagonistas. El Papa Francisco, en su encíclica sobre la fraternidad y la amistad social (*Fratelli tutti*, Roma 3-X-2020), afirmaba: “La guerra no es un fantasma del pasado, sino que se ha convertido en una amenaza constante. El mundo está encontrando cada vez más dificultad en el lento camino de la paz que había emprendido y que comenzaba a dar algunos frutos” (FT 256). La guerra, y cualquier tipo de violencia, es un fracaso social, un fracaso de la política, de la humanidad, una derrota frente a la fuerza del mal. Y, sobre todo, en el contexto en que nos encontramos, miremos a los ojos de sus víctimas, contemplemos su verdad, escuchemos sus relatos. “Así podremos reconocer el abismo del mal en el corazón de la guerra (y en cualquier tipo de violencia) y no nos perturbará que nos traten de ingenuos por elegir la paz” (FT 261).

Hoy es la guerra, con todas las consecuencias (sociales, económicas, etc.) desencadenadas por ella, lo que reclama nuestra atención. Pero no podemos olvidar que los conflictos están presentes normalmente en nuestra sociedad, y que, si no son bien gestionados, pueden ser fuente de violencias, e, incluso, de guerras. La verdadera reconciliación “no escapa del conflicto, sino que se logra en el conflicto, superándolo a través del diálogo, y de la negociación transparente, sincera y paciente” (FT 244). La construcción de la amistad social exige poner la unidad como valor supremo, pero sin anular los intereses particulares multiformes de los individuos y de los colectivos sociales. Este equilibrio no es fácil, pero es posible. Para lograrlo, San Prudencio nos está pidiendo que mantengamos la memoria, como estamos haciendo ahora evocando el bombardeo de Gernika. Pero nuestro santo nos pide, además, que seamos proactivos (como él lo fue), construyendo una sociedad basada en el servicio a los demás, más que en el deseo de dominar; una sociedad basada en el compartir con los otros lo que cada uno posee, más que en el esfuerzo egoísta por poseer la mayor riqueza posible; una sociedad basada en el

valor de estar juntos como seres humanos, sea cual sea nuestra condición, nuestra raza, nuestra nacionalidad, nuestra cultura...

Los que, como creyentes, honramos a San Prudencio, sentimos que Dios nos llama a ser portadores de su paz. Como finalizaba el Papa en su mensaje de Pascua, "Cristo, vencedor del pecado, del miedo y de la muerte, nos exhorta a no rendirnos frente al mal y a la violencia. Hermanos y hermanas, ¡dejémonos vencer por la paz de Cristo! ¡La paz es posible, la paz es necesaria, la paz es la principal responsabilidad de todos!". Esta apertura a Cristo es totalmente necesaria para que todos seamos "ángeles de la paz". Sólo si estamos abiertos al Padre de todos, habrá razones sólidas y estables para la llamada a la fraternidad... Desde la razón podremos hablar de la igualdad de todos los seres humanos y de la necesidad de garantizar una convivencia cívica, pero no conseguiremos fundar la hermandad. Porque, si no se reconoce una verdad trascendente, con cuya obediencia el ser humano conquista su plena identidad, tampoco existirá ningún principio seguro que garantice unas relaciones justas entre nosotros. Triunfará la fuerza del poder, la imposición del propio interés o de la propia opinión (Juan Pablo II, *Centessimus annus*, 1-V-1991, 99).

Que, como San Prudencio, no nos cansemos de buscar a Dios con corazón sincero, para que no empañemos su rostro con nuestros intereses particulares (sean del tipo que sean: económicos, ideológicos, de poder, etc.), y para que podamos reconocernos como hermanos, como compañeros de camino. Pedimos esto al Señor para nuestra Diócesis, para los alaveses y las alavesas. Pero no debemos olvidar que nuestra oración debe abrazar a toda la humanidad, pues no habrá una paz plena entre nosotros, si en un lugar del mundo, por pequeño e insignificante que sea, triunfan la violencia y la guerra.